

bre de 1848; sent. de 8 de Marzo de 1855). En su consecuencia, los parientes del acusado (Cód. de inst., art. 156) que pudieran hacer simples declaraciones ante el tribunal criminal, están completamente escludos ante las demás jurisdicciones, cuando se opone una de las partes á su exámen. Lo mismo sucede con mucha mas razon, respecto de la parte civil, que hace un papel mucho mas importante en materia de policia que en materia criminal.

339. La diferencia de religion era en otro tiempo un motivo de esclusion. Sabida es la constitucion de Justiniano (l. 21, Cód. de testibus), que rechaza completamente el testimonio de los herejes ó de los judíos en las causas concernientes á los ortodoxos. Es de lamentar que se encuentren semejantes restricciones en el Código de procedimiento de Austria (§. 207, 4º), que permite desechar al judío que declara á favor de un judío contra un cristiano, y en la ordenanza criminal de Prusia (art. 357. núm. 8) que declara á los judíos testigos imperfectos desde que el delito merece una pena superior á cincuenta thalers de multa ó una prision de seis semanas.

No es menos deplorable la incapacidad de testificar afecta á la diferencia de color en los Estados con esclavos de la Union americana. Segun el Código negro de la Carolina del Sur (M. Eliseo Reclus. *Revista de Ambos Mundos*, tomo 30, pág. 874), los negros libres no pueden servir de testigos si no es contra los esclavos ú hombres de su casta, y aun entonces sin la formalidad de juramento, demasiado noble para mancharse al pasar por sus lábios.

340. En cuanto á la infamia que resulta de una condena, se remonta á la ley Julia, que no permitía oír al que habia sido *judicio publico damnatus* (Callistr. l. 3, §. 1, Dig. de testib.) En el dia se admite á título de noticias, es decir, sin prestacion de juramento, el testimonio de una persona que ha incurrido en degradacion civil, ó bien á quien una sentencia de policia correccional ha privado especialmente del derecho de declarar en juicio. Pero el legislador no

ha reproducido aquí la regla que quiere que el juez de instruccion oiga á los menores de edad inferior á quince años, solo por forma de declaracion y sin prestar juramento (*ibid.*, art. 79). No obstante, el tribunal de casacion habia juzgado en pleno acerca de las conclusiones conformes de Merlin, el 3 de Diciembre de 1812, que era aplicable el artículo 79, tanto á los debates como á la informacion prévia, y que, segun los términos de este artículo, no debia tener lugar la prestacion de juramento. Esta doctrina, autorizada mas recientemente por una sentencia de casacion del 9 de Junio de 1831, se ha abandonado en el dia, por el tribunal (sent. deneg. de 25 de Abril de 1834, 8 de Marzo de 1838, 30 de Julio de 1847 y 6 de Setiembre de 1854) que deja al presidente la facultad de exigir el juramento ó de dispensar de él segun las circunstancias (1). Echamos de menos su primer jurisprudencia, á la vez menos arbitraria y mas conforme con el espíritu del legislador que no ha querido sujetar al juramento las declaraciones aun simplemente preparatorias de los impúberes. ¿Se dirigirá contra ellos una acusacion de falso testimonio? ¿Es difícil admitir esta consecuencia, sobre todo cuando dependiera del presidente ponerles ó no bajo esta penalidad? Lo indudable es, que aun ante las jurisdicciones de policia, en que no existe el poder discrecional del presidente, puede ser oido el menor de quince años sin prestar el juramento (sent. de 2 de Marzo de 1855).

Finalmente deben asimilarse á los menores de 15 años las personas cuyo entendimiento se halla bastante alterado para que no sea conveniente hacerles prestar juramento, pero que, no obstante, han asistido á los hechos litigiosos, y pueden dar noticias útiles (V. pág. 357, not. 1).

Segun el Derecho español, no puede ser testigo: 1º Por falta de probidad, el cono-

1. Véase sobre este punto el §. 621 de la Ordenanza de Baden sobre el procedimiento civil ya citado [núm. 286]; segun el art. 248 de la ley de procedimiento penal napolitana, los menores de 14 años deben ser oídos sin prestar juramento.

cido por de mala fama, á no ser para testificar en los delitos de traicion; el que hubiera dicho falso testimonio, ó falseado carta, sello ó moneda del Gobierno; el que faltase á la verdad en su testimonio por precio ó recompensa recibida; el convicto de envenenamiento ó cómplice de aborto voluntario, el homicida alevoso; el amancebado; el forzador ó raptor y el incestuoso; el traidor, tahir ó persona de mala vida; la mujer que anduviere fingiendo ser varon; el hombre muy pobre y vil; el de otra religion en causa contra cristiano, á no ser por delito de traicion; el apóstata, la mujer prostituta (ley 8, tít. 16, Part. 3ª). 2º No puede ser testigo por falta de conocimiento, el demente ó mentecato ó el que de cualquier modo esté destituido de juicio (ley 8 cit.). 3º Por falta de imparcialidad, el preso mientras permanece en prision; el que tuviere grande enemistad contra el acusado (leyes 8, 10 y 22, tít. 16, Part. 3ª); el moro, judío ó herege contra los cristianos; el cómplice contra el reo principal, por temor de que culpara á un inocente, bien por venganza, ó por dilatar la causa ó por mezclar en ella á persona poderosa con la esperanza de mejorar el éxito de la misma. Debe tenerse presente respecto del cómplice, de que trata M. Bonnier en el número 337, que es doctrina corriente, que cuando en sus indagatorias haya confesado su criminalidad, sin excusas de ninguna especie que se dirijan á su esculpacion, debe ser creído en lo que declare relativamente á los demás encausados, porque si negando se cree con fundamento que la culpa que atribuye á los demás procesados tiene por objeto librarse de la responsabilidad que sobre él puede recaer, cuando se culpa á sí mismo, no debe sospecharse que proceda con malicia.

Respecto de los parientes de que trata M. Bonnier en el núm. 334, disponen nuestras leyes, que no pueden ser apremiados á deponer unos contra otros los ascendientes y descendientes; los parientes dentro del cuarto grado; el yerno y el suegro; el entenado y el padrastro; mas si alguno de ellos se presentare á declarar, puede hacerlo sin obstáculo.

Acerca del menor de que trata M. Bonnier en el núm. 340, por nuestro derecho se requiere para ser testigo en causa criminal, que haya cumplido 20 años; pero no obstante ser menor de esta edad, se admite cuando es necesario por no haber otros testigos presenciales, ó cuando se juzga conveniente, pues su testimonio sirve de gran presuncion, como dice la ley 9, tít. 16, Partida 6.

En cuanto á la pena civil, creemos fun-

dada la doctrina que espone M. Bonnier en el núm. 336. Nuestra ley de Partida (20, tít. 16, Part. 3ª) esceptuaba de la prohibicion que imponia al abogado para ser testigo en el pleito que hubiera comenzado á defender por la misma razon que espone M. Bonnier, respecto de la parte civil, á saber, que "lo pidiese por testigo la parte contra quien razonase."—(N. de C.)

En materia civil no pueden ser testigos: 1º El menor de catorce años, sino en casos de imprescindible necesidad, á juicio del juez; 2º Los dementes y los idiotas; 3º Los ebrios consuetudinarios; 4º El que haya sido declarado testigo falso ó falsificador de letra, sello ó moneda; 5º El tahir de profesion; 6º Los parientes por consanguinidad dentro del cuarto grado y por afinidad dentro del segundo, á no ser que el juicio verse sobre edad, parentesco, filiacion, divorcio ó nulidad de matrimonio; 7º Un cónyuge á favor del otro; 8º Los que tengan interés directo ó indirecto en el pleito; 9º El que viva á espensas ó sueldo del que le presenta; 10º El enemigo capital; 11º El juez en el pleito que juzgó; 12º El abogado y el procurador en el negocio en que lo sean ó lo hayan sido; 13º El tutor y el acusador por los menores y éstos por aquellos, mientras no fueren aprobadas las cuentas de la tutela—art. 725, C. de proc.—Tampoco pueden ser testigos los que hayan declarado por cohecho—art. 809, Cód. cit.—En materia criminal estando vigentes las leyes de partida por no haber hasta hoy Código de procedimientos criminales: son tachas legales las citadas por el Sr. Caravantes en la adiccion anterior.—N. de los EE.—

§. 4. APRECIACION DE LOS TESTIMONIOS.

SUMARIO.

- 341. Admision en otro tiempo en lo criminal, de dos reglas antiguas sobre el testimonio.
- 342. Abrogacion de la regla: *Testis unus, testis nullus*.
- 343. La segunda regla igualmente en vigor hasta 1789.
- 344. Importancia de la declaracion oral de los testigos.

341. Las dos reglas tan arbitrarias de la esclusion del testigo único y la fuerza invencible que se atribuye á dos testimonios conformes y no sospechosos, eran admitidos en lo criminal lo mismo que en lo civil.

342. La primera de estas dos reglas ha ocasionado algunas veces resultados muy singulares. Así, Bentham nos refiere (*Pruebas judiciales*, lib. VII, cap. XIV) segun las memorias del tiempo (1), que un estatuto de Guillermo III (stat. 7 y 8, cap. 3), que exige en los delitos de alta traicion la declaracion de dos testigos, fué utilizado por grandes personajes, que mantenian corres-

1. Los juriconsultos ingleses no están de acuerdo sobre si existia esta regla en todo tiempo en el *common law*, ó si se introdujo por un estatuto de Eduardo XVI.

pondencia con el rey desterrado, pero sin correr peligro alguno, porque tenían cuidado de servirse de un solo *emisario* (1). Sin embargo, considerando este estatuto como una proteccion contra el peligro de las acusaciones políticas, se ha conservado en Inglaterra y se ha reproducido por el artículo 3 (sec. 2, núm. 3) de la Constitución de los Estados-Unidos, concebida en estos términos: *Non person shall be convicted of treason unless on the testimony of two witnesses.* Entre nosotros se concluyó por restringir á los crímenes merecedores de pena capital el principio de la exclusion de un testigo único. Este principio, consagrado aun en el día en Austria por el Código de procedimiento penal de 1853 (2), §. 269, tiene en su favor la autoridad de Montesquieu (3) (*Espíritu de las leyes*, libro XII, cap. III): "Las leyes que hacen perecer á un hombre por la declaracion de un solo testigo, son fatales á la libertad. La razon exige dos, porque un testigo que afirma y un acusado que niega, hacen empate y se necesita un tercero para dirimir la discordia." Pero es fácil responder á este raciocinio. Si el testigo que afirma es un hombre digno de toda confianza, y es preciso suponerlo para que pueda estarse á su testimonio, ¿puede ponerse en balanza con su declaracion la denegacion interesada del acusado? Montesquieu tendria razon si se tratase del conflicto de dos testigos, el uno de cargo y el otro de descargo; porque entonces habria en efecto una discordia que dirimir; pero no puede considerarse al acusado como valiéndolo solo por un testigo de descargo. Este gran escritor necesitaba sin duda, al atenerse á este principio restrictivo, man-

1. Macaulay, en su Historia de Guillermo III, refiere una curiosa discusion de la Cámara de los comunes en 1696, en que los *Tories* presentan como un principio de moral y de religion, la necesidad de que concurren dos testigos, y en que los *wigs* refutan enérgicamente esta doctrina.

2. En Italia el Código de Parma y de Plasencia [artículo 2302] es el único que reproduce la regla: *Testis unus, testis nullus.*

3. Véase en el mismo sentido á d'Agnesscan, carta 108. Montesquieu reproduce sin duda, sin saberlo, el raciocinio del antiguo criminalista Soto [Mascardo, concl. 858, núm. 4]. Esta teoría ha tenido tambien por defensor á Filangieri [*Scienza della legislazione*, libro 3, capítulo 15], cuya opinion está hoy abandonada por la doctrina italiana.

tener ciertas garantías contra el rigor tan exagerado de la jurisprudencia criminal de su tiempo, cuyos deplorables errores son demasiado célebres. Por lo demás, ya hemos observado que la máxima *Testis unus, testis nullus*, no era en la práctica tan favorable al acusado como se podria creer. Si la declaracion del testigo único fuese fortificada con algun adminículo, podia dar ocasion al tormento, obteniéndose así por un medio tan atroz como facticio, el suplemento de prueba necesario para ocasionar la condena.

En vista del art. 242 del Código de instruccion, no es posible ya dudar, que nuestro derecho criminal haya separado todas estas reglas arbitrarias para atenerse á la íntima conviccion. Solamente se habian suscitado dudas en materia de caza por razon del art. 11 de la ley de 30 de Abril de 1790, que permitia suplir el proceso verbal de los guardas de campo con la declaracion de dos testigos (1).

Pero el tribunal de casacion habia decidido con razon, y especialmente por sentencia de 7 de Febrero de 1835, que no era preciso ver en este artículo mas que un vestigio de las antiguas ideas, el cual no habia podido sobrevivir al procedimiento criminal. En el día no puede suscitarse dificultad alguna, puesto que la legislacion actual sobre caza autoriza de un modo general la prueba *por testigos* (ley de 8 de Mayo de 1814, art. 21).

343. En cuanto á la segunda regla, mucho mas exagerada que la primera, no debe creerse, como se ha sostenido algunas veces, que cayó en desuso en el último estado de nuestra antigua jurisprudencia. En la víspera misma de la revolucion francesa recibió esta doctrina deplorable la sancion mas ostensible. En 1786 se combatió fuertemente con motivo de un proceso escandaloso á una memoria de Dupaty (autor de las cartas sobre Italia), conocida con el nom-

1. Todavía se procedió mejor en Roma. Cuando parecia que el testigo no presentaba garantías suficientes, era puesto en tormento: "Si ea rei conditio sit, dice Arcadio [l. 21, §. 2, D. de testibus], "ubi arenarium testum vel similem personam admittere cogimur, sine tormentis testimonio ejus credendum non est."

bre de *Memoria para tres hombres condenados á muerte*, contra los abusos de la marcha seguida entonces en lo criminal, y especialmente contra la máxima que la declaracion conteste de dos testigos debe ocasionar la condena. Esta memoria que el público recibió con gran favor, escitó la indignacion de la magistratura. El abogado general Seguier pidió su supresion ante el parlamento de París. Léese en su requisitoria (V. la requisitoria así como la memoria de Dupaty en el *Foro francés* (coleccion de Clair y de Clapier, 1.^a série, tom. III): "La declaracion de dos testigos no es una presuncion, es una prueba, y si la rechazo, todos los ciudadanos confiados á mi custodia estarán espuestos á ser degollados impunemente. Este es, pues, el caso decir *con la ley de las Doce Tablas: Salus populi suprema lex esto* (1). La declaracion de dos testigos conformes, tachados indebidamente, debe considerarse como una prueba completa, segun todas las leyes divinas y humanas. Sin embargo, está en la naturaleza de las cosas que se hayan engañado dos testigos intachables, y hayan engañado á los jueces; el magistrado mas íntegro puede ser sorprendido, pero no pierde nada de su dignidad, cuando se ha conformado á la voluntad de la ley, regla única de sus fallos." Estas estrañas doctrinas fueron autorizadas por el Parlamento como verdaderos artículos de fé, y la memoria de Dupaty esperiméntó la misma suerte que muchos escritos religiosos del último siglo. Por sentencia de 11 de Febrero de 1786, se mandó que fuese rasgada y quemada en el patio de palacio, al pié de la escalera principal por el ejecutor de la alta justicia como "injurioso á los magistrados, y propenso á desnaturalizar los mas sagrados principios, destructor de toda confianza en la legislacion y en la magistratura, etc." Se vé que la asamblea constituyente se fijaba en abusos todavia en pleno vigor, cuando proclamaba el principio de la íntima conviccion, en su instruccion de 1791 sobre el

1. La erudicion del abogado general, está aquí al nivel de su doctrina. Nada prueba que este adagio vulgar se formulase en la ley de las Doce Tablas.

procedimiento criminal; instruccion reproducida casi literalmente en este punto por el art. 942 del Código que rige actualmente la materia. En el día, si consagran aun ciertas legislaciones la exclusion de un testigo único (1) por lo menos, la máxima que daba una fé absoluta al dicho de dos testigos se abandonó universalmente. Sabido es, que Napoleon, despues de la conquista de las provincias rinianas, en que estaban en vigor las dos máximas, las condenó á ambas, diciendo: "Así, pues, un hombre honrado no podrá hacer condenar con su testimonio á un bribon, mientras que dos bribones podrán hacer condenar á un hombre honrado."

344. Por lo mismo que la apreciacion de los testimonios no está sometida á reglas técnicas, sino que es enteramente moral, conviene que se presenten las declaraciones bajo la forma mas verdadera, es decir, que se verifiquen oralmente (C. de instr., art. 317). Así, no se puede leer en los debates, antes de la declaracion oral de un testigo, su declaracion escrita en la instruccion (2) (Cas. 7 de Abril de 1836). Despues de la declaracion oral, por el contrario, se ha admitido siempre que podia leerse la declaracion escrita para consignar las variaciones del testigo (Cód. de bruns. año IV, art. 306; Cód. de inst., art. 317). Esta escepcion no es ya la única en el día. Independientemente de las personas á quienes sus funciones ó sus dignidades dispensan del testimonio oral, la jurisprudencia admite á título de noticias, en virtud del poder discrecional, la lectura de la declaracion de un testigo no presente á los debates; semejante lectura estaba prohibida rigiendo el Código de brumario año IV que, esceptuado el caso en que hubiera lugar á hacer resaltar las variaciones de los testigos, prohibia de un

1. Las mas recientes que han llegado á nuestro conocimiento son el estatuto del *Connecticut*, revisado en 1849 [tit. 6, §. 159] que exige dos testigos para producir conviccion cuando la acusacion es de tal naturaleza que envuelva la pena de muerte, y el Código de procedimiento penal de Austria de 1853 [§. 269] que espresa la misma exigencia de un modo general.

2. Este principio se ha establecido bajo pena de nulidad por el art. 251 del Código de procedimiento penal de Nápoles.

modo absoluto (art. 365) leer á los jurados ninguna declaracion escrita de los testigos no presentes en el auditorio. De que el Código de instruccion criminal no haya reproducido esta prohibicion absoluta se puede deducir, que ha lugar á aplicar, por identidad de razon, en el debate contradictorio, lo que dice el art. 477 de la instruccion por contumacia. "Si por alguna causa cualquiera que sea, no pueden presentarse testigos en los debates, se leerán sus declaraciones en la audiencia." Es preciso, pues, contentarse con las declaraciones escritas, cuando es imposible obtener declaraciones orales, y seria poco puesto en razon desechar un testimonio, porque hubiera muerto el testigo despues de haber declarado ante el juez instructor, como se efectuaba rigiendo el Código de brumario. Pero la jurisprudencia actual incurre en el extremo opuesto, cuando permite sustituir declaraciones orales á las declaraciones escritas, en el caso en que no haya sido citado ó no haya comparecido el testigo (sent. deneg. de 25 de Agosto y 14 de Setiembre de 1826; 9 de Febrero y 16 de Junio de 1843, y 18 de Setiembre de 1852). Entonces ó es esencial la declaracion, y en tal caso, debe reiterarse oralmente, no pudiendo entrar en balanza la importancia de los gastos que ocasiona la remision del negocio á otra sesion con el interés de la justicia, ó la declaracion solo tiene un valor secundario, y entonces debe pasarse adelante. "Las declaraciones escritas," dice combatiendo esta jurisprudencia M. Faustin Helié (*Revisita de legislacion*, t. XVII, pág. 368), "no ofrecen las garantías que las declaraciones orales. Han sido recogidas para servir de elemento á la acusacion y no á la sentencia; son redactadas por el juez, á veces por un escribano poco inteligente, y no por el testigo mismo; espresan la substancia y el sentido de la declaracion, pero no sus palabras y su texto; finalmente, son recibidas en el gabinete del juez, sin debates, sin contradiccion, sin publicidad. ¿Cómo asegurarse de que son la expresion del testigo? ¿Puede la declaracion escrita

"hacer constar esas vacilaciones, esas largas reticencias, las sugerencias que se emplean para obtener la declaracion del testigo? ¿Puede pintar su turbacion, su emocion, su acento? Solo puede dar un análisis seco y rápido de la declaracion, ¿si es completa ó ambigua, dónde podrá buscar se su complemento? Y además, aunque fuera esta declaracion clara y terminante, ¿quién puede saber si la hubiera sostenido el testigo en medio de los debates, si no hubiese vacilado en presencia del ministerio público ó del acusado, si, turbado por la magestad de la audiencia, hubiera perseverado en una declaracion irreflexiva? Finalmente, la falsa declaracion hecha ante el juez de instruccion, no tiene sancion, no tiene pena alguna; solo cuando se repite en los debates, se puede incurrir en las penas de testimonio falso, no tiene pues las mismas prendas de sinceridad." Pero es preciso reconocer con el mismo criminalista (*Inst. crim.*, tom. V, §. 609), que el principio implícitamente contenido en los textos de la ley, se encuentra con fiado por la indecision de estos textos á la sabiduría del presidente y que no se puede inducir de su violacion la nulidad del procedimiento.

Como quiera que sea, está prohibido remitir al jurado, cuando se retira á la sala para deliberar, las declaraciones escritas de los testigos (Cód. de inst., art. 341). Y esto debe entenderse, no solamente de las declaraciones hechas ante el juez de instruccion, que no figuran en los elementos del debate definitivo, sino tambien de las declaraciones de los testigos no presentes leídas en la audiencia en virtud del poder discrecional. Si se remitieran estas declaraciones al jurado, como serian las únicas que tendria á la vista, podrian tener una influencia demasiado directa sobre su determinacion, y hacer prevalecer contra el espíritu de la ley, los documentos e critos sobre los testimonios orales.

Segun nuestras antiguas leyes de Partida, que rigen en la actualidad, las reglas que deben tenerse presentes para la aprenacion

de la prueba de testigos en materia criminal, son las siguientes: 1.ª Dos testigos mayores de toda excepcion (esto es, que concuerden en la persona, hecho ó caso, tiempo y lugar y demás circunstancias esenciales del delito), que no tengan ninguna de las tachas ó defectos legales que hemos reseñado en las adiciones anteriores (V. la inserta despues del núm. 340) y que espresen el motivo ó fundamento por el cual saben lo que espone ó aseguran, forman una prueba plena y completa (V. las leyes 16 y 32, tít. 16, Part. 3.ª). 2.ª Un solo testigo no es suficiente en ningun caso para producir la evidencia legal (ley 32 citada), ni se produce cuando siendo dos ó mas de dos testigos singulares, esto es, que declaran cada uno acerca de un hecho diferente y no están acordes y conformes en él y sus circunstancias; pues como dice la ley 12, tít. 14, Part. 3.ª (cuya disposicion debe tenerse muy presente en esta delicadísima materia de la apreciacion de la prueba en materia criminal), es preciso para producir la evidencia legal, que las pruebas en las causas criminales sean claras como la luz en que non venga ninguna dubda. (V. la nota inserta al final del número 52 de esta obra, y la adiccion que sigue al núm. 298).

Respecto á las advertencias que hace M. Bonnier, sobre el procedimiento ó juicio por jurados, creemos inútil advertir, que no tienen aplicacion entre nosotros, puesto que en España no se ha establecido esta institucion para ninguna clase de delitos ni instancias, conociendo en todo género de delitos y en toda clase de instancias jueces letrados.—(N. de C.)

SEGUNDO MEDIO DE PRUEBA ORAL.

DECLARACION DEL DEMANDADO.—CONFESION ESPRESA O TACITA.

SUMARIO.

345. Confesion. Sus diversas formas.

345. La declaracion del hombre sobre los hechos litigiosos, que emanan ordinariamente de terceros estraños al proceso, puede ser obra de las mismas partes. Reservamos para la tercera parte de este libro los casos bastante raros en que hace fé en juicio la declaracion del demandante; y vamos á tratar aquí de la prueba llamada por los antiguos autores la prueba por escelencia

(1) *probatio probatissima*. de la confesion, es decir, del testimonio del demandado mismo, reconociendo contra su propio interés la verdad de los hechos alegados por el adversario.

La confesion puede ser espresa; y esta es la confesion propiamente dicha; puede ser tácita y resultar de ciertas circunstancias determinadas. La negativa de prestar ó de rehusar el juramento decisorio es la mas notable de estas circunstancias (2).

PRIMERA ESPECIE DE CONFESION.

Confesion espresa, ó confesion propiamente dicha.

SUMARIO.

346. Division.

346. Principiarémos segun nuestra costumbre, examinando cuál es la fuerza de la confesion, y despues nos ocuparémos del procedimiento por el que se trata de obtenerla.

1. Es un juego de palabras reproducir, al contrario, como hacen Zachariae y sus anotadores M. M. Ambry y Rau [§. 749 y nota 22 sobre este §.], la opinion de los autores antiguos, segun los cuales, no es la confesion una prueba, puesto que dispensa de toda prueba á la persona en cuyo favor interviene. *Potius ab onere probandi relevationem quam probationem* [Mascard. prelim. quest. 7]. En primer lugar, esta fuerza absoluta de la confesion no existe en materia criminal, ni aun en todos los casos, en materia civil. Y aun cuando existe, la confesion es siempre una prueba en el sentido lato de la palabra, puesto que es un medio de llegar al conocimiento de la verdad. Los primeros traductores italianos de nuestro tratado, llaman tambien á la confesion *probatio impropria*, considerando al juez que la recibe como estableciendo *de presentí*, y no de *praterito*, por razon de la fuerza invencible de la confesion. Pero esta fuerza invencible puede existir en otros medios de prueba, aun en la prueba testimonial, si la cualidad y la inteligencia de los testigos son superiores á toda sospecha. Seria singular, despues de todo, que dejara de ser practicable una prueba porque produjera una conviccion mas completa para el juez.

2. Véase, respecto al derecho español, la adiccion inserta á continuacion del núm. 361 [N. de C.] Nuestro Cód. de proc. desconoce la prueba del juramento decisorio que admitia la antigua legislacion, pues el art. 594 que enumera los medios de prueba que la ley reconoce no comprende mas que ocho entre los cuales no se espresa el juramento decisorio, fuera de que como hemos repetido varias veces, por nuestras leyes constitucionales quedó sustituido el juramento con la protesta de decir la verdad.—[N. de los EE.]